

KARAYYA

perdió su caparazón



Elena Sartorius

Ilustraciones por Nedinia Walba

© 2019
Elena Sartorius

Ilustraciones por Nedinia Waiba
Traducción al castellano por Fernando Sartorius Acuña

Producción y edición

Edición: Mariana González González, Ruperto Chaparro Serrano y
Lesbia L. Montero Acevedo
Maquetación: Cynthia Lee Gotay Colón

División de Comunicaciones

Programa Sea Grant de la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Mayagüez

Director del Programa: Ruperto Chaparro Serrano
Especialista en currículo y evaluación: Delmis del C. Alicea Segarra
Jefe de Impresos: Raúl Omar Ortiz Arroyo

Publicación número UPRSG-E-310
ISBN 978-1-881719-92-2

Impreso en la Oficina de Impresiones del Programa Sea Grant de la Universidad de
Puerto Rico, Recinto de Mayagüez

KARAYA

perdió su caparazón

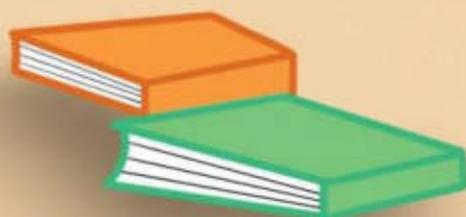
Esta mañana Karaya la tortuga se despertó con una sensación extraña.

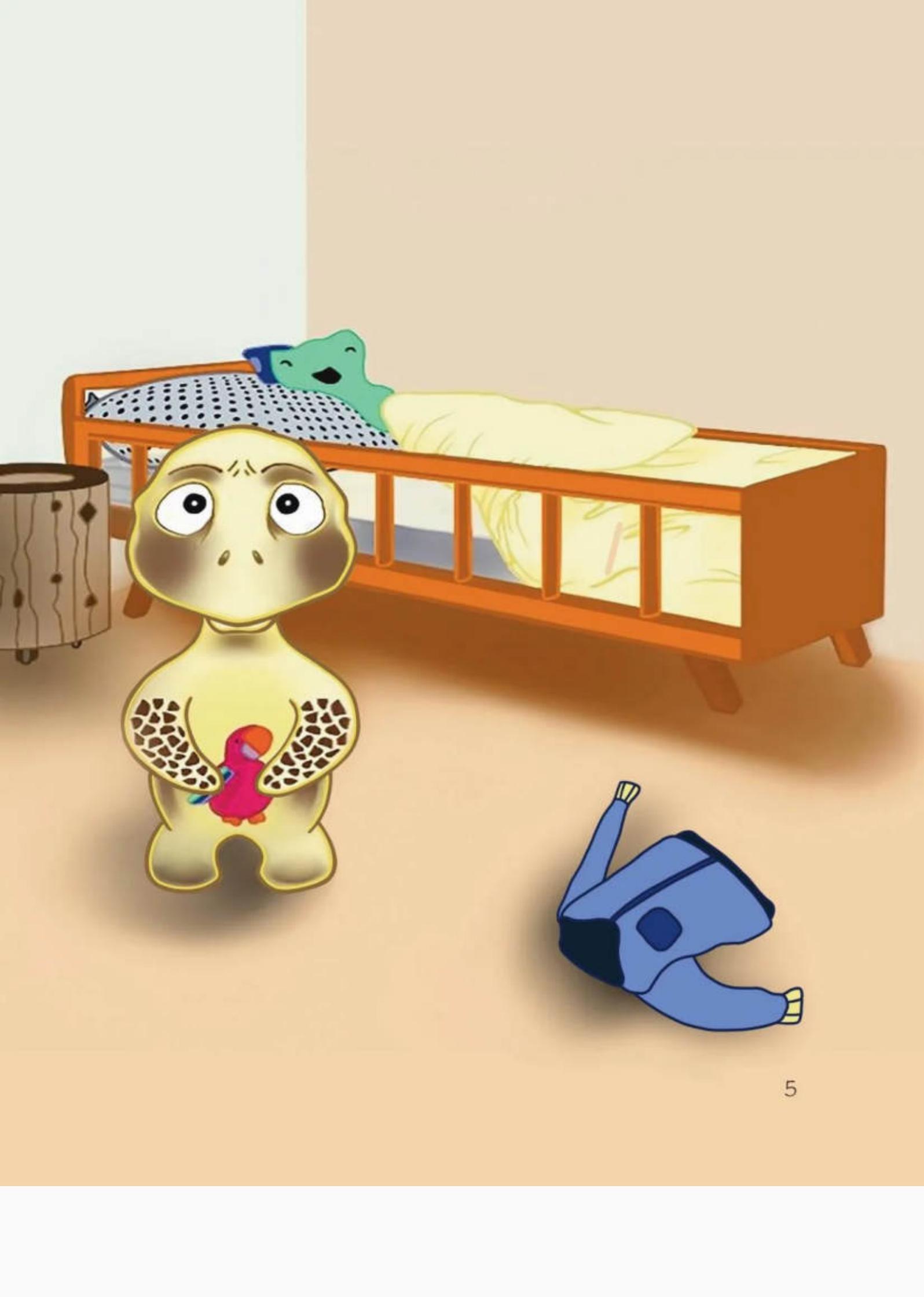
“Creo que tuve una pesadilla”, se decía Karaya. “Ya no me reconocía a mí misma, perdí toda mi fuerza y parecía un gusanito, transparente y frágil”.

Baja de la cama de un salto. Qué extraño... tiene la impresión de ser más ligera que de costumbre.

“¡Ay! ¡No! ¡Mi caparazón! ¿Dónde está mi caparazón?”, gritó.

Su hermoso caparazón de escudos con destellos color fuego desapareció mientras dormía. Presa de pánico, Karaya empezó a buscar por todas partes: debajo de la cama, en el borde de la ventana, en el armario... Nada. Debajo del fregadero, en la basura, en la bañera... Tampoco encuentra nada.





Karaya sale a la playa, cada vez más inquieta. Sin caparazón le cuesta trabajo deslizarse por la arena, que le raspa la barriga. Observa una forma oscura y redondeada y se lanza hacia ella, pero desgraciadamente es solo un coco que se cayó al suelo.





Karaya rebusca en la arena, levanta una a una todas las conchas, recorre las rocas. Ni sombra de su caparazón. Nada... Su caparazón desapareció. Agotada, Karaya se sienta en la orilla y se echa a llorar.



—¿Por qué estás llorando?

Karaya levanta la cabeza sin estar muy segura de haber oído bien. No ve a nadie. La playa está desierta.

—¿Por qué estás llorando?

No hay duda, la voz viene del agua. Entre sus patas Karaya descubre un pez de colores que la está mirando con dulzura.



Entre sollozos, Karaya le cuenta su desventura.

—Perdí mi caparazón, desapareció esta noche. Busqué bien pero no lo encuentro en ninguna parte. ¿Qué va a ser de mí sin mi caparazón?

Conmovido, el pez comienza a nadar de un lado para otro bajo las olas. De pronto, da un salto justo ante las narices de Karaya.

—¡Tengo una idea! Voy a prestarte mis escamas.



—Ya verás, con mis escamas no tendrás frío ni calor y podrás nadar donde quieras.

Vestida con las escamas multicolores del pez, Karaya tiene un aspecto magnífico. Se zambulle al mar de cabeza y se desliza por el agua a toda velocidad. Feliz, gira con gracia como una bailarina.

De repente, Karaya ve una sombra a lo lejos. No está segura, pero ¿y si es un tiburón, uno de sus peores enemigos?



—¿Cómo te proteges de los tiburones? —pregunta Karaya.

—Pues me escondo rápidamente en un hueco —responde el pez, acercándose a la roca y desapareciendo por una pequeña cavidad.



—Pero yo soy demasiado grande, ¡no cabría nunca en uno de esos agujeros!
—exclama Karaya—. Tus escamas son muy hermosas—añade Karaya—, y te agradezco tu generosidad, pero con mi caparazón podía defenderme contra mis enemigos como con un escudo. Tendré que buscar una mejor protección. ¡Hasta la vista, pez!

Algo decepcionada, Karaya se quita una a una las escamas de colores, las deposita delicadamente sobre la roca y se aleja del agua.

¿Qué puede hacer ahora?





Distraída, Karaya tropieza con una enorme piedra y casi sale volando.

—¡Caramba! ¿No podrías tener más cuidado?

Karaya no cree lo que está oyendo: ¡una piedra que habla!

—¿Qué pasa?, ¿sacaste tu licencia para caminar por la playa en una **piñata**, o qué?

Dos ojos globulosos surgieron de la piedra y miraban a Karaya con severidad.

—¡Uy, si usted no es una piedra!

—Vaya, no solamente te me lanzas encima, sino que además me insultas. ¡Qué falta de respeto, claro que no soy un vulgar pedrusco! ¡Yo soy Huraño el Ermitaño, a la orden de nadie!

Karaya está a punto de responder a ese viejo gruñón, pero se calla al verlo sacar una enorme y amenazante pinza roja.



—Y tú —prosigue Huraño el Ermitaño—, ¿quién eres? Pareces una tortuga sin caparazón, ¡pero eso no existe!

Karaya baja la mirada.

—Perdí mi caparazón. Lo busco desde esta mañana.

—¡Caramba! —exclama el viejo cobo, enternecido—. Vente conmigo. Precisamente voy a buscar una nueva concha porque la mía ya me queda pequeña. Tal vez encontremos una para ti.

Karaya y el cobo salen en busca de conchas vacías.

—Estas dos deberían servir —dice el viejo cobo—. Vamos, haz como yo.



Huraño el Ermitaño se deslizó sin problema en la primera concha. A Karaya le cuesta más; nunca fue buena en gimnasia.



—¡Wao!, ¡ahora pareces una tortuga-
ermitaño!

—¡Uf, qué incómodo!

Envuelta en su estrecha concha,
Karaya cree que se va a asfixiar.

—¡Caramba, nos salió exigente esta
tortuga! —dice Huraño el Ermitaño
mientras se ríe y se aleja.



Karaya trata de seguir al **crustáceo**, pero sus patas traseras se quedaron atascadas en el fondo de la concha.

—No podré alcanzarte —se lamenta Karaya—. Gracias por tu ayuda, Huraño, pero así soy más lenta que la más lenta de las tortugas. ¡Hasta pronto, Ermitaño!

Karaya se libera con dificultad de su **habitáculo** y se deja caer en la arena, con la barriga al aire. Ya no tiene ganas de moverse y se pone a mirar las nubes.

—¡Esa parece una enorme mariposa! —dice Karaya.

En ese momento, tres pájaros aparecen sobre su cabeza, planeando en perfecta armonía.

Karaya los sigue con la mirada mientras descienden hacia la superficie turquesa del agua.



Los tres pelícanos se zambullen en picada en el mar, uno tras otro, de donde salen cada uno con un pez en el pico. Karaya de pronto se acuerda de que todavía no había desayunado. Su estómago empieza a protestar tan ruidosamente que las tres aves, intrigadas, se acercan a ella.

Los pelícanos empiezan a hablarle al unísono, con el pico lleno:

—¿Ech tu ech tómago el que arma eche ech cándalo?

Avergonzada, y a la vez divertida por su forma de hablar, Karaya responde:

—No he comido nada esta mañana, estoy buscando mi caparazón.

—¡Vaya, echo ech grave! ¿Qué tal chi te prechtáchemoch nuechtrach plumach?



A los pocos minutos Karaya se encuentra cubierta de plumas de pelícano.

—¡Chíguenos y hach excháctamente como nochoch!

Karaya echa a correr tras los pelícanos, dando aleteos sin éxito. Por fin, después de varios intentos, lo consigue.

—¡Volar! ¡Qué sensación tan increíble! ¡Ver la playa achicándose a medida que se eleva por los aires!

Las rocas, las palmeras y su casa ya no son más que unos puntitos allá abajo.

—¡Peces a **estribor**! ¡A zambullirse!
De nuevo, los tres pelícanos se lanzan al
mar con elegancia.

¡Plof! ¡Plof! ¡Plof! Tres zambullidos,
¡tres peces en el pico!

Karaya se lanza a su vez. ¡Plonk!

¡Ay, ay, ay! Se dio demasiado fuerte
en la cabeza con la superficie del agua.
Cuando recobró el sentido ya los peces
habían huido.



—¿Echtach bien? —Los tres pelícanos se acercan a Karaya muy preocupados.

—Creo que nunca podré ser un pelícano —les contesta Karaya—. Mi pico no es largo como el de ustedes, así que no puedo atrapar y almacenar los peces. Gracias por todo, pero me temo que les voy a tener que devolver sus plumas.



Volar por los aires es extraordinario, pero yo tengo que poder nadar bajo el agua para buscar mi comida.

En eso se empieza a oír un ruido de motor. Las tres aves echan a volar, siguiendo el rastro del barco que se aleja tan rápidamente como llegó.

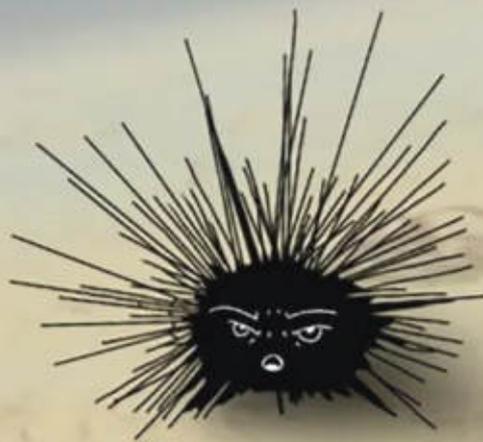
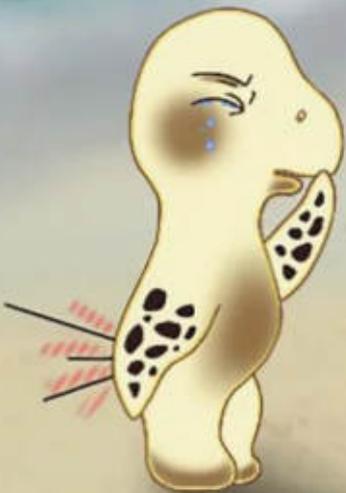
—¡Hasta la vista, pelícanos!

Karaya se encuentra sola de nuevo. Está hambrienta, necesita pensar en lo que va a hacer y decide descansar en las rocas.

—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!—exclama Karaya, y da un enorme salto.

Justo donde se quería sentar ve una enorme bola negra llena de espigas. ¡Un erizo de mar!

¡Parece que hoy no es su día de suerte!



Malhumorada, Karaya se sienta un poco más lejos. El erizo, poco rencoroso, se acerca.

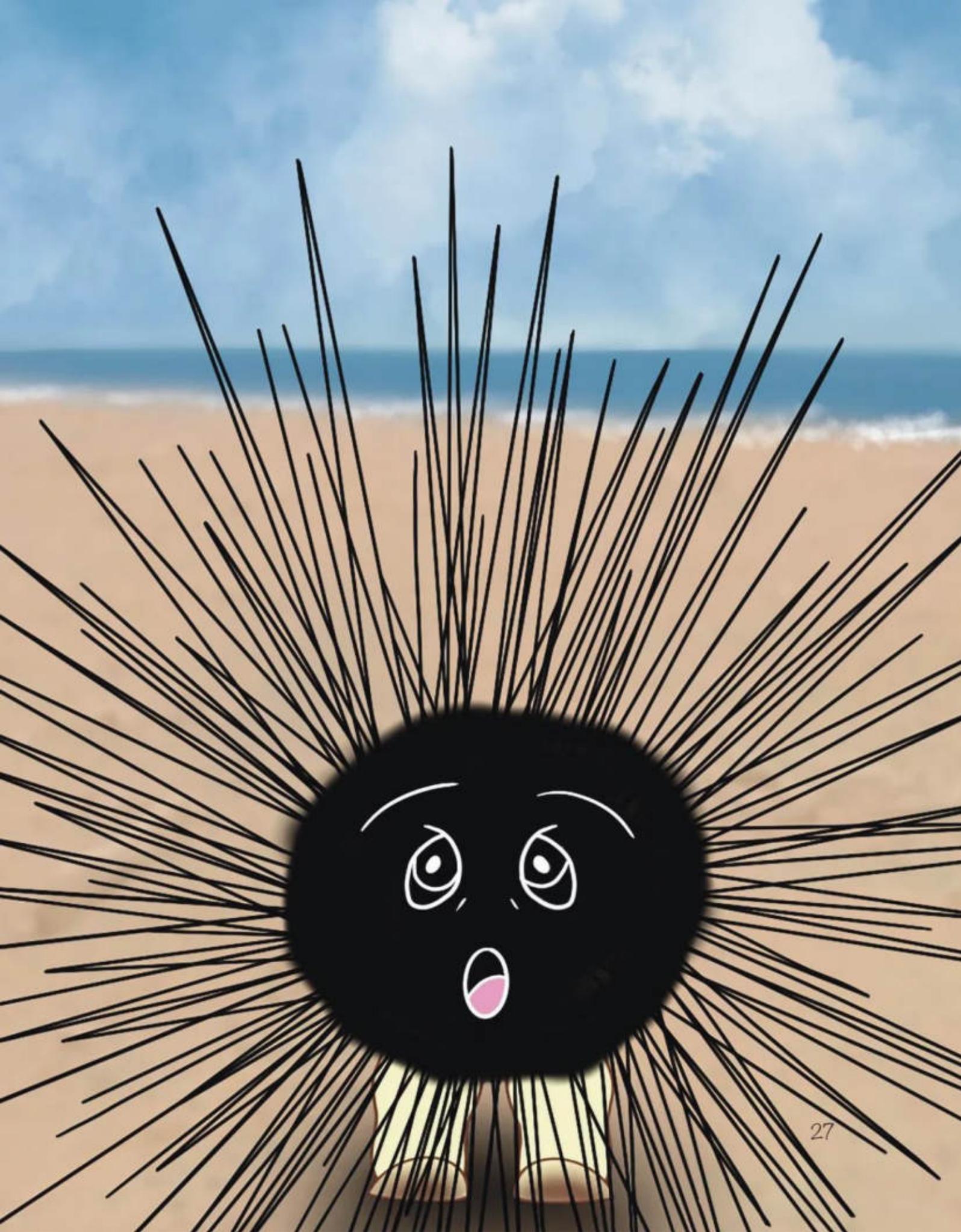
—¡No te enfades, tortuga!

—Estoy harta —responde Karaya—. Perdí mi caparazón y, además, todavía no he comido nada.

—Qué casualidad, tortuga, precisamente yo iba a desayunar. ¿Me acompañas?

—Me da miedo lanzarme al agua sin mi caparazón. Cualquier animal me comería de un bocado.

—Vaya, seguramente podemos hacer algo, tortuga. ¡Voy a prestarte mis púas!



Recubierta con sus nuevas púas negras, Karaya sigue al erizo en busca de un banco de algas.

—¡Mira, tortuga, aquí hay muchas!
¡Por fin algo que comer! Karaya se lanza sobre las algas y se harta de comer, sin prestar atención a los otros animales que llegaron a compartir el festín. Entre ellos, dos tortugas observan a Karaya con desconfianza.

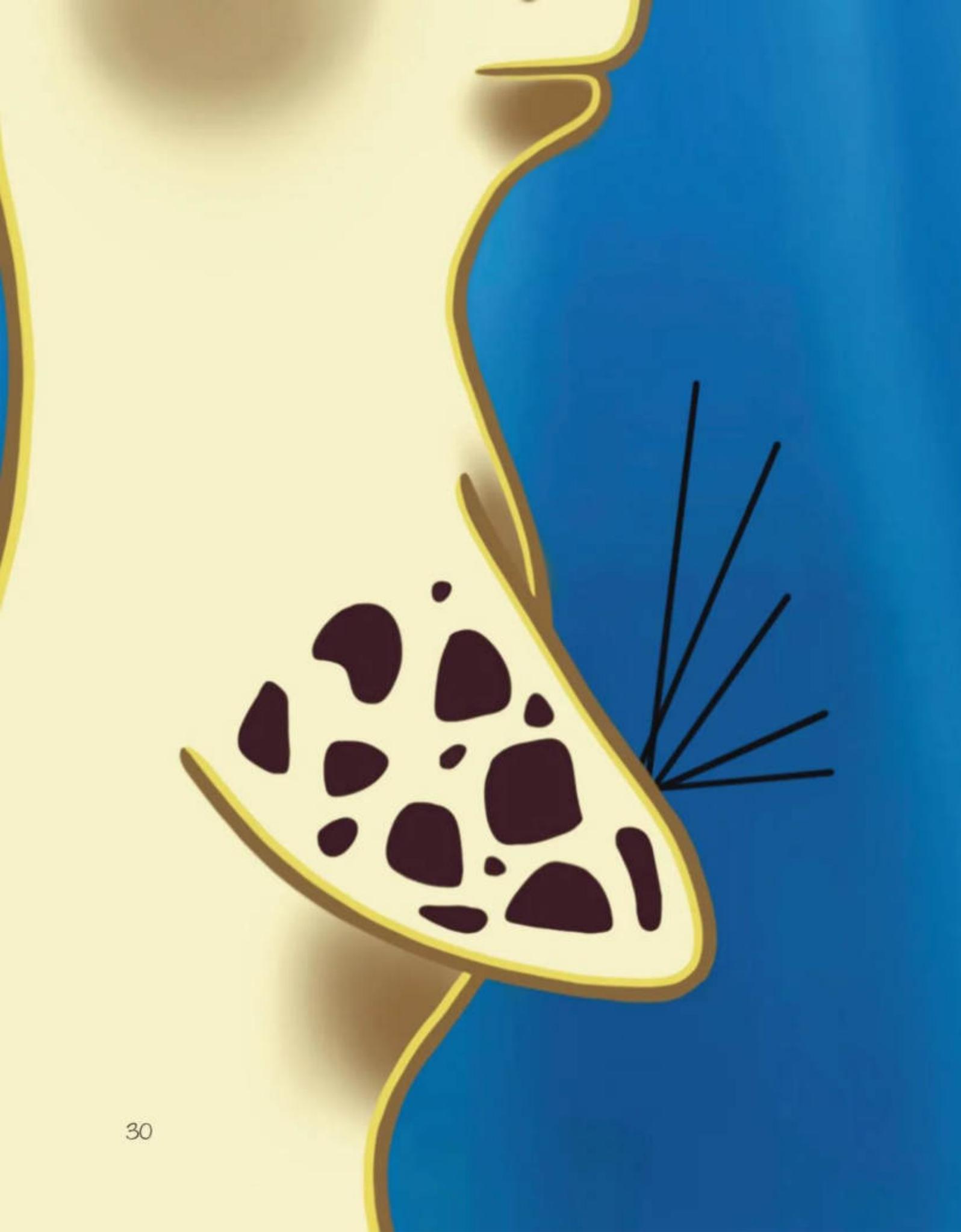


—¡Qué animal tan raro! —le dice al oído una tortuga a la otra.

Karaya reconoce a dos de sus amigas y trata de acercarse a ellas, pero estas huyen sin más explicaciones.

—Creo que las asusté con mis púas —dice Karaya con tristeza. De repente se siente muy sola.





—Pude saciar mi hambre gracias a ti, erizo. Pero ahora las demás tortugas me tienen miedo. Voy a devolverte las púas.

—No pasa nada, tortuga. ¡Cuídate mucho!

—Gracias, erizo, tú también. ¡Hasta la vista!



Con la barriga llena, pero con el ánimo por los suelos, Karaya se sienta otra vez al borde del mar. Con la mirada perdida en el horizonte apenas siente la espuma que va y viene, y le hace cosquillas en las patas.

—¿En qué estás pensando?

Karaya gira la cabeza hacia la voz.

Entre la arena y la superficie cristalina del agua, una estrella de mar color coral le sonríe.

—Pues no lo sé —responde Karaya—. Le estoy agradecida a todos los animales que me ofrecieron su ayuda, pero lo que necesito es mi caparazón.

—Te entiendo —le dice la estrella de mar, sentándose a su lado.

—¿No dices nada más? —le dice Karaya, tras unos minutos de silencio—. ¿Acaso vas a prestarme tus hermosos brazos rojizos?

—No es necesario —responde la estrella de mar. Una vez perdí mis cinco brazos; estaba desesperada. Pero poco a poco volvieron a crecer. Sé que tú también vas a encontrar una solución. Ven, esperaremos juntas el atardecer.



De azul, el horizonte se pinta de rosa, después de dorado, a medida que el sol descende sobre el mar.

—Atención, el espectáculo apenas comienza —le susurró la estrella de mar a Karaya en el oído.

Pronto, Karaya y su nueva amiga se ven rodeadas de miles de estrellas que brillan en el cielo y en el mar.

—¡Qué belleza! —suspira Karaya entre dos bostezos.

—¡Buenas noches, Karaya!

—¡Buenas noches, estrella de mar!

Así, se quedan dormidas apaciblemente, una junto a la otra.



Cuando Karaya despertó de madrugada, la estrella de mar había desaparecido. En vez de su amiga, se encontró con un hociquillo que le estaba husmeando las patas.

—¡Para ya, me estás haciendo cosquillas!

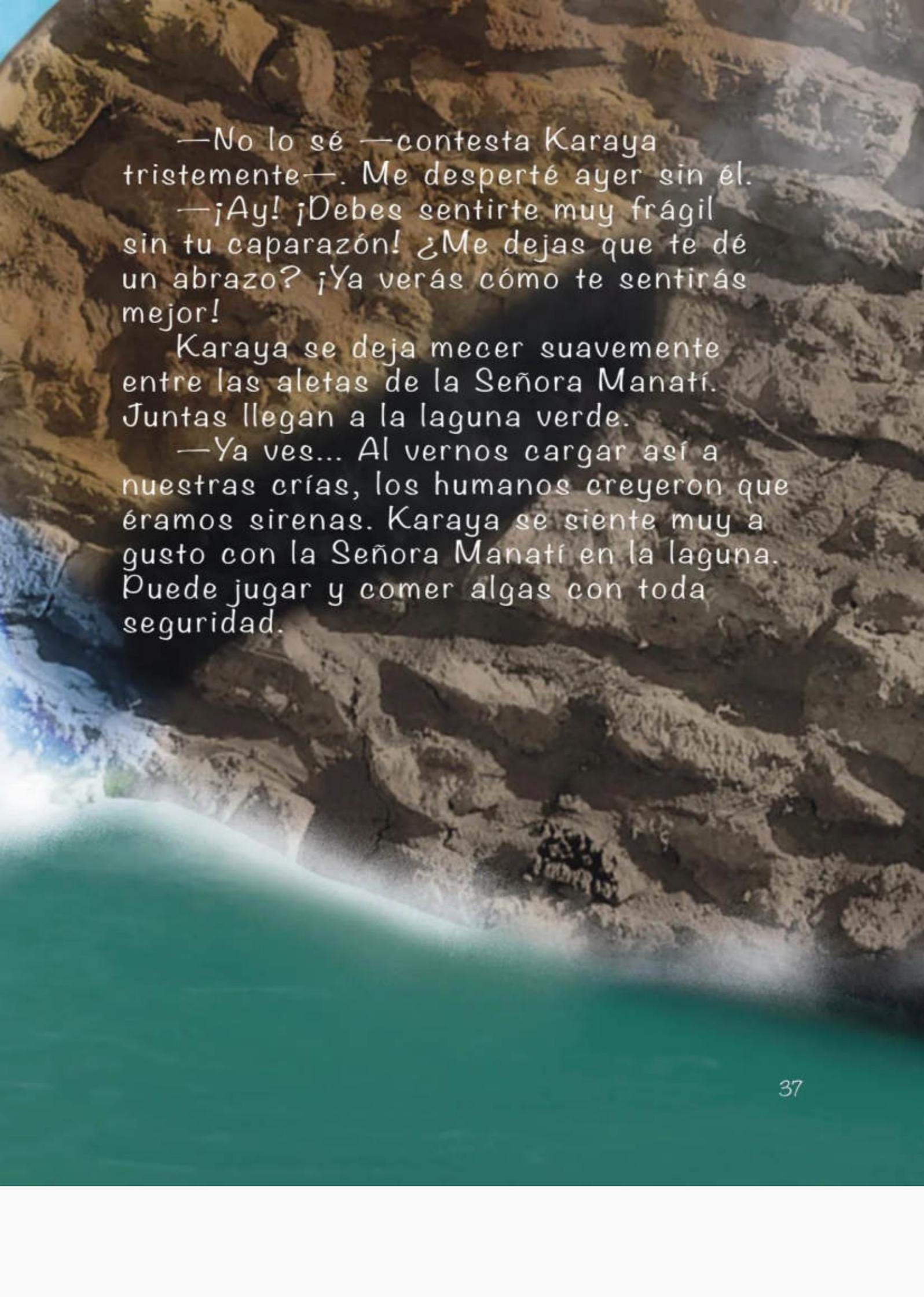
Una cabeza gris y lisa salió del agua.

—Buenos días, ¿te desperté? Ven a darte un baño, el agua está buena.

—¿Qué pasó con tu caparazón?

—La Señora Manatí está muy sorprendida de ver a una tortuga así.



A photograph of a rocky coastline. The rocks are brown and jagged, with some green moss or algae on them. The sky is a clear, pale blue. The sea is a vibrant greenish-blue, with white foam from a wave visible in the lower left corner.

—No lo sé —contesta Karaya tristemente—. Me desperté ayer sin él.

—¡Ay! ¡Debes sentirte muy frágil sin tu caparazón! ¿Me dejas que te dé un abrazo? ¡Ya verás cómo te sentirás mejor!

Karaya se deja mecer suavemente entre las aletas de la Señora Manatí. Juntas llegan a la laguna verde.

—Ya ves... Al vernos cargar así a nuestras crías, los humanos creyeron que éramos sirenas. Karaya se siente muy a gusto con la Señora Manatí en la laguna. Puede jugar y comer algas con toda seguridad.

De repente, Karaya oye gritos en la playa.

—¡Socorro! ¡**Aguavivas!** ¡Nos van a picar!

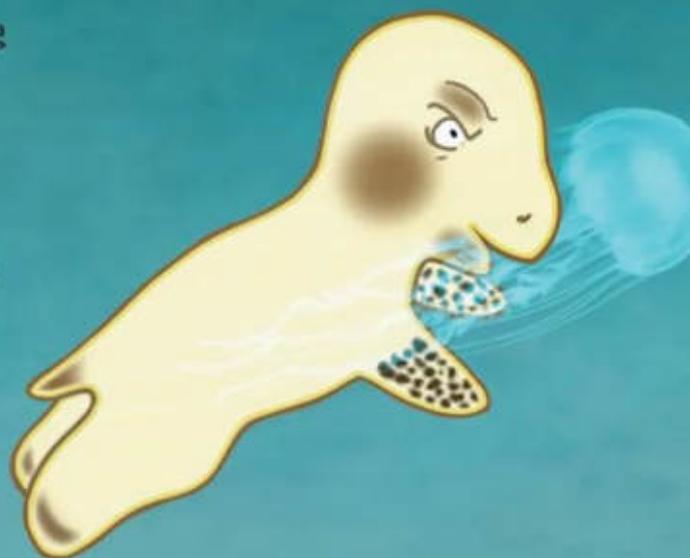
Karaya no se lo piensa dos veces...



—¡Hay niños en peligro, tengo que ir allá! ¡Adiós y gracias por todo, Señora Manatí!

Olvidándose de su caparazón, Karaya nada a toda velocidad hacia los niños.

Decenas de aguavivas invadieron la playa. Son venenosas, pero Karaya no les tiene miedo. ¡Las aguavivas son uno de los alimentos preferidos de las tortugas!

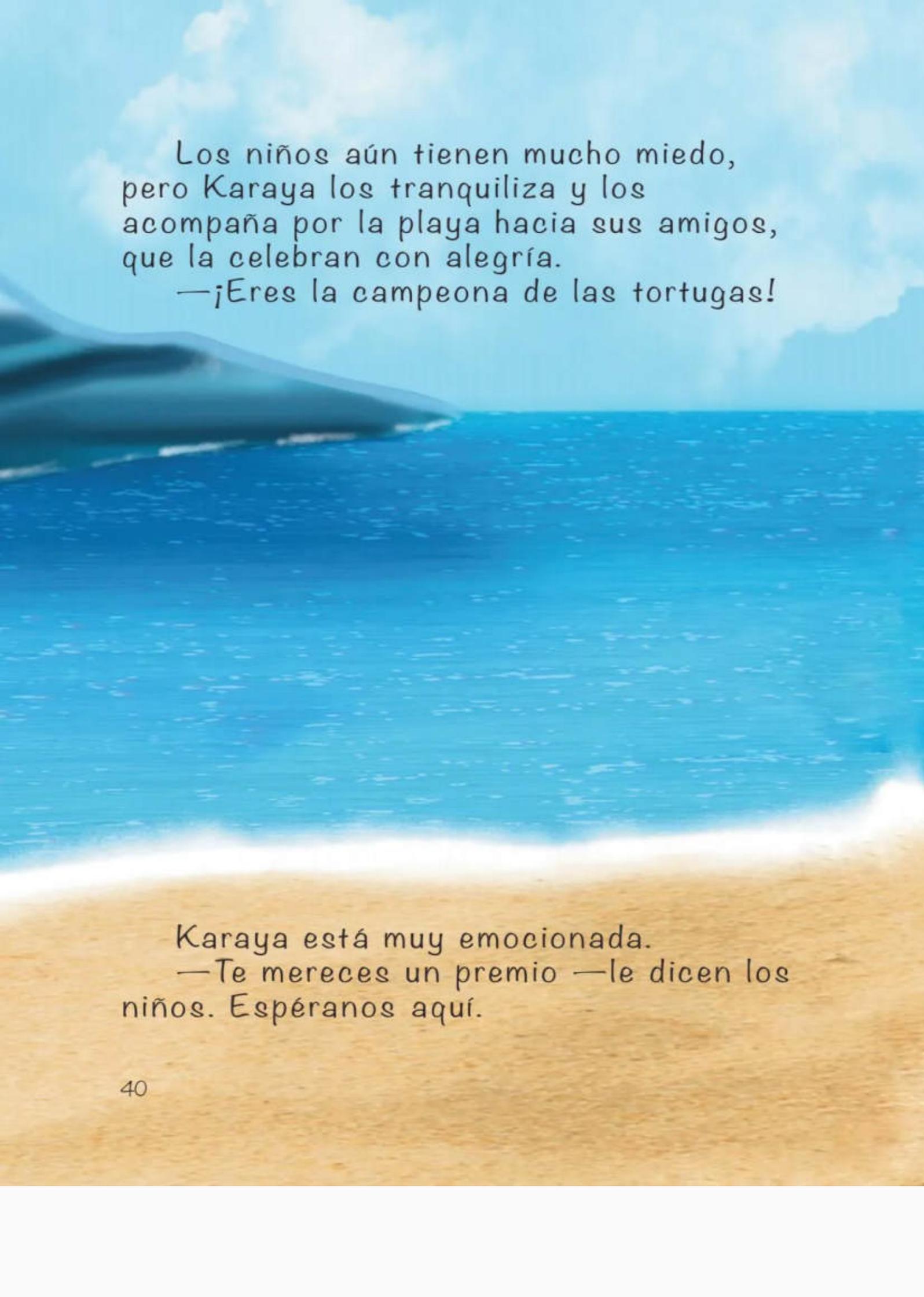


Sin dudarle, Karaya se lanza contra una aguaviva que está amenazando a los niños, dándole mordiscos con su pico, hasta hacerla pedacitos.

Sin descanso, persigue a las otras aguavivas, una por una.

¡Zaz! ¡Zaz! ¡Zaz! ¡Mordisco por ahí, picoteo por allá!

Ante tanta determinación, las aguavivas huyen espantadas.

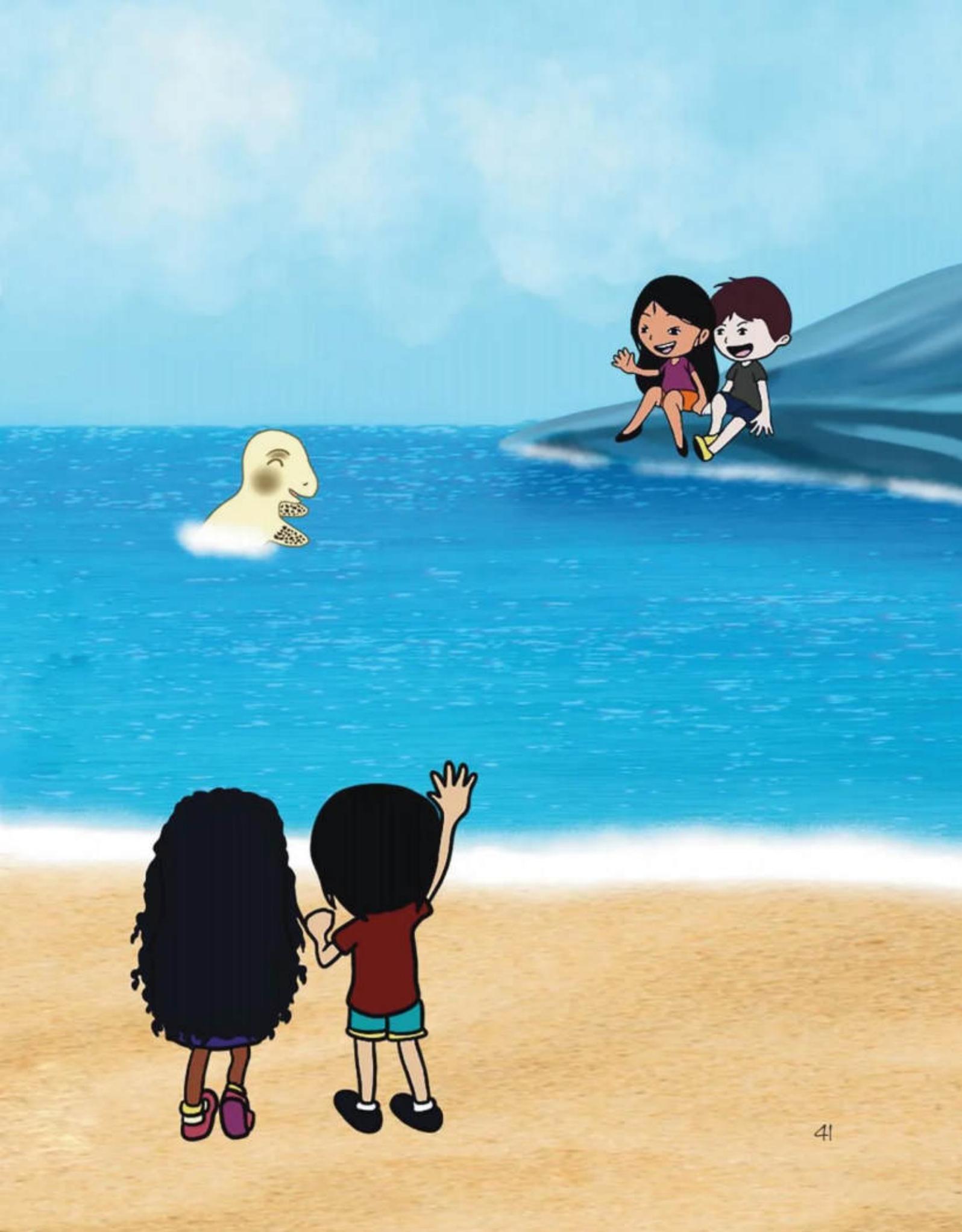


Los niños aún tienen mucho miedo,
pero Karaya los tranquiliza y los
acompaña por la playa hacia sus amigos,
que la celebran con alegría.

—¡Eres la campeona de las tortugas!

Karaya está muy emocionada.

—Te mereces un premio —le dicen los
niños. Esperanos aquí.



—¡Aquí está tu trofeo!

Ante la gran sorpresa de Karaya, los niños vuelven con un bello caparazón en los brazos.

¡SU caparazón!

—Cuando salimos esta mañana unos pescadores furtivos trataban de llevarse el caparazón —le cuentan los niños—.

Al vernos huyeron, soltando el caparazón delante de nuestra casa.



Al revestirse con su caparazón,
Karaya se siente por fin entera y segura.
Piensa en todos los amigos que la
ayudaron: el pez, Huraño el Ermitaño, los
tres pelícanos, el erizo, la estrella de mar,
la Señora Manatí y los niños.

Karaya se siente muy afortunada de
compartir con ellos esta hermosa playa.

Fin.





Sabías que...

1. Menos en los cuentos, las tortugas no pueden vivir sin su caparazón, y se morirían si se lo quitáramos.
2. Las tortugas existen desde hace 220 millones de años (¡muchísimos más que los humanos!), y conocieron a los dinosaurios.
3. De las ocho especies de tortugas marinas que existen en el mundo, cuatro anidan en Puerto Rico (el carey, el tinglar, la tortuga verde o peje blanco y la caguama).
4. El tinglar es la tortuga marina más grande del mundo. Puede alcanzar 6 a 8 pies de largo y pesar más de 800 libras.
5. En el idioma taíno, “Karaya” significa luna y “carey” significa tortuga.
6. Una hembra carey puede poner más de 150 huevos en un nido.
7. Los ruidos fuertes molestan a las tortugas que salen a anidar o desovar, al igual que molestan a las tortugas bebés.
8. Un globo de aire, una bolsa o una botella de plástico son un peligro para las tortugas, ya que los pueden confundir con aguavivas y ahogarse si se los comen.
9. Las tortugas marinas están en peligro de extinción. Si no las protegemos podrían desaparecer del mundo para siempre.
10. Tú puedes ayudar a proteger a las tortugas. Mantén las playas limpias y sin basura, recoge todos tus juguetes de plástico y llévalos a casa después de jugar en la arena. Escucha la música en tu casa y apágala en la playa. Si ves una tortuga, obsérvala y admírala sin intentar tocarla o jugar con ella.

Glosario

aguavivas – Es el nombre común de las medusas. Es una especie acuática (que pertenece al grupo de los celentéreos) cuyo cuerpo se parece a una campana y que tiene tentáculos que cuelgan de su borde.

crustáceo – Invertebrados artrópodos con el cuerpo cubierto por un caparazón, dos pares de antenas y respiración branquial.

estribor – Se refiere al lado derecho de una embarcación.

habitáculo – Es un espacio muy pequeño que se ocupa, generalmente, por personas o animales.

piñata – Un recipiente por lo general lleno de dulces que, en alguna celebración (por ejemplo, un cumpleaños), se cuelga del techo para que con los ojos vendados lo rompan con un palo.



Foto por Daisy M. Maldonado

Periodista, poeta y cantautora, Elena Sartorius nació en Suiza, de padre español y madre puertorriqueña. Ha publicado artículos (en francés, inglés y español) y colaborado en programas de radio, con un enfoque en el desarrollo internacional, la ayuda humanitaria y el medio ambiente, para medios de comunicación y organizaciones sin fines de lucro en Suiza, Canadá, Haití, Puerto Rico y Estados Unidos. También ha trabajado para varias agencias de las Naciones Unidas. Hay días en que se siente como una tortuga sin caparazón, pero no se desanima en seguir escribiendo por un mundo más solidario y respetuoso con la naturaleza. Elena Sartorius posee una maestría en Letras de la Universidad de Ginebra, Suiza. Es autora de *Genève, l'esprit solidaire* ("Ginebra, el espíritu solidario", 2017). *Karaya perdió su caparazón* es su primer cuento infantil.

Cuando Karaya la tortuga se despierta una mañana sin su caparazón, comprende que su sueño no fue solamente un sueño. Decide salir en busca de su más preciada pertenencia, sin imaginar que al final encontrará en su playa mucho más que lo que buscaba.

Karaya perdió su caparazón es una fábula medioambiental sobre las necesidades particulares de cada uno y sobre la amistad, inspirada en la fauna marina y los paisajes costeros de Puerto Rico y el Caribe.



Sea Grant
Puerto Rico

UPR
Universidad de Puerto Rico

